

## La literatura infantil: en busca de un origen, una definición y una posición

Rosell, Franz. (2001): *La literatura infantil: un oficio de centauros y sirenas*. Buenos Aires, Lugar Editorial. pp. 142.

Por **Lucía González\***

En el presente libro nos encontramos con catorce artículos que, mediante la invitación de la directora de la colección, han sido seleccionados por Joel Franz Rosell. A excepción de “Sobre la novela detectivesca” todos han sido publicados anteriormente en prensa o han sido presentados en congresos. Como se indica en el Prefacio, son artículos que se distancian entre sí en el tiempo y que han sido pensados para públicos diferentes. Estos textos han sido seleccionados entre varios y corregidos para ser agrupados en libro. La doble publicación es una operación más que interesante ya que hace pensar en dos lectores diferentes para un mismo texto, sobre todo con aquellos que fueron publicados inicialmente en prensa, porque nos encontramos con un público lector posiblemente más amplio y menos especializado. Luego, reunidos, forman un corpus destinado a un lector con intereses específicos en la literatura infantil.

El título del libro se debe a uno de los artículos, “La crítica del libro infantil: un oficio de centauros y sirenas”. El hecho de tomar ese título y hacerlo extensivo al resto de los textos induce a pensarlo como una idea que los cruza por completo. Al revisar este artículo podemos comprender cómo y por qué se efectúa esa modificación en los títulos: en uno encontramos la palabra “literatura” y en el otro “crítica”. En este artículo Rosell postula lo siguiente: “Contrariamente al resto de la literatura, que existió durante siglos sin poseer una verdadera crítica, la literatura infantil nació prácticamente en el seno de esta actividad. (...) Es precisamente en los entretelones de una de las mayores polémicas estéticas de la historia occidental que se registra el nacimiento de la literatura infantil.” (2001: 82) Aquí el autor hace referencia a la querrela entre “Antiguos” y “Modernos” que tuvo lugar en Francia entre los años 1687 y 1694 y que tuvo entre sus contendientes a Perrault, quien produce por esa misma época sus famosos cuentos. Es interesante ver dónde Rosell sitúa a la literatura infantil: no busca una definición de ella a partir del destinatario que el texto pueda tener desde su creación, no se trata de “literatura para chicos” sino, como especificará en otro de los artículos, de cuestiones estéticas. Considero que buscar este origen tan atrás en el tiempo tiene, por un lado,

---

\* Lucía González es estudiante del profesorado y licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

algo que sirve a los propósitos del autor cubano, que es ir corriendo a la literatura infantil de la inmediata asociación con un destinatario niño, afirmar que la misma podría ser considerada como una literatura que no sólo es para adultos. Se trata de abrir, más que de cerrar o limitar. Ahora bien, al pensar a esta literatura de esa forma, Rosell busca justificaciones estilísticas para una nueva definición. En el artículo que abre el libro, “Contradefensa de la literatura infantil (sinécdoque y paradoja)”, dice lo siguiente: “La literatura infantil no está definida (como tanto se ha dicho) por los temas y tratamiento apropiados a la comprensión de los chicos. No la definen el bagaje intelectual y vital inherente a la infancia, sino la estetización de la forma peculiar que tienen los más jóvenes de apropiarse y relatar el universo” (2001: 12). Luego esboza una descripción del niño no justamente como un adulto en miniatura sino como un sujeto distinto, con sus características propias y con su propia perspectiva del mundo. Más adelante, en “¿Qué es la literatura infantil? Un poco de leña al fuego”, sigue desarrollando su definición: “La literatura infantil ha debido luchar a lo largo de su historia, de poco más de tres siglos, contra la instrumentalización, contra su utilización como medio de educación, de armonización social, de transmisión de una concepción del mundo” (2001: 33). Lo que resulta peculiar es que Rosell pase por alto que los cuentos de Perrault precisamente fueron concebidos como un medio de educación y de transmisión de una concepción de mundo. Es sabido que sus textos más conocidos son versiones suavizadas de relatos orales que circulaban en la época, los cuales eran oídos por grandes y chicos. Las historias de Perrault, por otro lado, contienen finales felices y una moraleja. El objetivo era bien claro: educar al pueblo. Con lo dicho quiero hacer notar que el hecho de que la obra de Perrault sea de una gran riqueza literaria no implica que sus fines hayan sido meramente estéticos.

Me permito este ir y venir en los lineamientos que se trazan en el libro porque, en el intento de buscar definiciones claras y precisas, Rosell cae en algunas confusiones y contradicciones. Creo que sería conveniente considerar a Perrault como un antecedente de lo que hoy se considera como literatura infantil, principalmente porque se manejaba en su época una concepción distinta de infancia y, también, porque el campo literario no estaba conformado tal y como lo está ahora. El hablar de la literatura como un *campo* me hace volver al ya mencionado artículo “¿Qué es la literatura infantil?...” en el cual el escritor va a proponer dos términos para definirla: uno es la noción de *campo* y la otra, que es descartada por coincidir con una noción editorial, es la de *serie literaria*, tomada del investigador cubano José Antonio Gutiérrez. Creo que la elección de ambos términos es uno de los puntos del libro que puede conducir a grandes confusiones. Utilizar cualquiera de los dos conceptos implicaría estudiar la literatura desde lugares completamente distintos. No es aquí el sitio para hacer un análisis del formalismo ruso (del cual es tomado el término *serie*) ni de la sociología del arte planteada por Bourdieu (de quien proviene la categoría de *campo*). Diré solamente que el formalismo ruso en un intento de darle un carácter más científico a los estudios literarios de la época, basados mayormente en la biografía de autor, se abocó a analizar en

profundidad los textos, buscando lo específicamente literario en ellos, cortando todo nexo entre aquellos y su contexto de producción. Por el contrario, la noción de *campo* corresponde a una mirada sociológica de la literatura, la cual es tomada como una institución en dónde no sólo juega lo específico del lenguaje, sino los distintos actores: escritores, academias, universidades, editoriales; en dónde se establecen múltiples relaciones de poder por medio de las cuales se negocia e intercambia no sólo el capital económico sino también el simbólico. Es necesario refrescar el origen y las implicancias de estos conceptos para entender que no pueden ser utilizados como sinónimos, por el contrario, la elección por uno o por otro implicaría analizar a la literatura infantil desde ángulos distintos.

Habiendo apuntado esto, creo que en determinadas partes del libro Rosell habla de la literatura infantil desde el concepto de *serie*, intentando buscar rasgos estilísticos que la definan y, en otros momentos, habla teniendo en cuenta el *campo* literario y su conformación. Me parece más que necesario, para lograr un análisis profundo, tener siempre presente que la literatura infantil está situada dentro de un campo literario que la engloba, en donde se ejercen luchas por un poder simbólico. Es necesario vislumbrar que este tipo de literatura no ocupa el mismo lugar que el que tiene la destinada específicamente para adultos. Es necesario ver, también, que las relaciones que se establecen con el mercado y con la educación son propias de la literatura infantil. De lo contrario creo que se corre el riesgo de caer en cierto maniqueísmo. Por más que Rosell intente esquivarlo cae en él al efectuar ciertas distinciones como literatura *de género* y literatura *de autor*, considerando a esta última de la siguiente manera: “Independientemente de la existencia de obras de insuficiente calidad en ambas tendencias, la literatura de autor me parece más pertinentemente literaria al ser menos instrumental, menos oportunista y servicial, puesto que el autor posterga intereses y requerimientos que no son sólo del niño lector sino de los inevitables intermediarios: padres, educadores, editores y críticos” (2001: 41). Creo que esta definición no es del todo correcta al negar o suavizar los vínculos de los escritores de literatura infantil con las instituciones mencionadas, sobre todo porque estas obras se dirigen, también, al mediador. No se trata de negar estos vínculos sino de interpretarlos para poder entender su verdadero rol. Es ineludible que anteriormente este tipo de textos eran concebidos sólo con fines pedagógicos y moralizantes, y hay quienes todavía buscan esos objetivos al leer una obra, no obstante también es cierto que los vínculos entre la literatura y, en este caso, la educación, han cambiado pero no se han roto. Es necesario no negar tal relación y analizar qué se está poniendo en juego cuando un escritor de renombre (en el caso de Argentina podemos pensar en Graciela Montes, por ejemplo) concurre a una escuela. O, en el caso del mercado, qué implicaciones tiene que algunos autores tengan programas televisivos. Es necesario, en fin, alejarnos de una visión idílica de la literatura y considerarla como un *oficio* (aunque más no sea de centauros y sirenas) en el que los que lo ejercen deben cumplir, negociar e incluso trasgredir ciertas reglas del campo para obtener una posición en él.

Revisar estas cuestiones sirve para volver a abrir el libro de Rosell y pensar que él, como escritor de ficción, se está situando en cierto lugar. Intenta definir las características estéticas de aquello que produce, lo contrapone con lo que se diferencia, arma conjunto con otros autores de Latinoamérica y reclama para ellos una operación de lectura y de crítica análoga a la que se ejerce con los libros destinados específicamente para adultos.